

MENSAJE

que ante la H. Academia Antioqueña de Historia, presentó el Sr. D. Bernardo Puerta G., al ser recibido como su Miembro de número en la sesión solemne del 24 de noviembre de 1925, día del quinto cincuentenario de Medellín.

Honorables colegas:

Me veo ante vosotros y no acierto a explicaros la emoción que en estos momentos embarga mi espíritu y las fibras todas de mi corazón conmueve.

Porque, consciente hasta más allá de lo real de mi escaso valer y de la pequeñez de mis esfuerzos, vosotros, hidalga y generosamente me habéis designado para acompañaros como Miembro de número de la Honorable Academia que tan dignamente representáis.

A no ser mi fervoroso entusiasmo, nada apporto, señores, ante tan alta Corporación que tan laudables y patrióticos fines persigue.

La lucha ruda y tenaz sostenida por el diario menester, la vida material que imperativamente reclamaba y reclama sus derechos, fueron bastante a estacionar mis escasas facultades, apenas recibida la primera semilla en mi surco espiritual y, por ende, a quedarme casi en tinieblas intelectuales.

Era, pues, menester un esfuerzo: alumbrar el espíritu, recorrer el cortinaje de sombra que lo envolvía y al contacto de viejos mamotretos, di pábulo a mi afición innata, a lo que mayormente me seducía: conocer a esta Patria nuestra desde que los atrevidos conquistadores hollaron su virginidad y plantaron su tienda en demanda de su oro, de su múltiple riqueza, de su admirable clima y su hermosura; de la feracidad de sus terrenos, de su fauna y de sus flores que, abiertas al cielo azul, esparcían sus aromas como un hossana a Quien habíalas creado.

Y entonces, avanzando más y más, pasaron ante mis ojos ávidos, en falange gloriosa, los fundadores de la República: ¡Cuán grande es nuestra Patria! Vi a Nariño, el Precursor, presentando el noble pecho a la turba desahogada y hambrienta de su vida; a Ricaurte que vuela, hecho añicos, entre un torbellino de humo, a la in-

mortalidad; a Girardot, que a sí propio se ayuda a bien morir, como cristiano, y se envuelve en el tricolor sagrado, para caer vencido por la muerte en el Bárbula glorioso; a Sucre, el inmaculado; a Córdoba, el más joven de los Generales de Colombia; a Santander, el hombre de las Leyes; a Soubllette, a Anzoátegui y a Páez, augusta trilogía; a Aramendi e Infante, a Camejo y a tantos otros portaestandartes de la libertad.

Vi también, horrorizado, la cuchilla vengadora del Pacificador, que cereenaba, impiadosa, lo mismo la cabeza del caudillo inmaculado, astrólogo y sabio, que a la virgen belleza femenina!

Mas.....de pronto me detuve, emocionado y absorto ante una mole portentosa que prestaba su sombra bienhechora a toda la América del Sur. Ante ella chocaban los aceros, retadores antes y rendidos luégo. En ella abrevaban todos y a todos brindaba blando aliento, amparando como a hijos, a pujantes luchadores.

¡Cuán grande y brava tenía que ser la tierra que soportara el enorme poder de su peso! Sobre su cumbre hervían las estrellas, y sobre su flanco enorme, jugaban las empuñaduras de oro.

Y con temor, casi con miedo, miré hacia arriba y vi, la tempestad y el rayo, las espinas y guijarros emponzoñados, que ante la roca incommovible quedaban impotentes y rendidos.

Era BOLIVAR, triunfador siempre y siempre altivo ante la adversidad y la calumnia, ante la emulación y el infortunio.

Y fué éste el grandioso tema de mis predilecciones.

Casi todos los ingenios de la tierra han cantado los triunfos de Bolívar, yo, humilde labrador, horadé la montaña de sus glorias y vi los arbustos y guijarros que intentaron profanar la cumbre.

Como una primicia y como tal sin mérito, conté del Gran Caudillo sus motivos de pesares y de penas.

Porque yo creo, señores, que los Grandes Hombres son más grandes en la adversidad que en el apogeo; cuando mordidos por los odios y por las pasiones, miran, rotos a sus pies, los arcos triunfales que presenciaron sus victorias y la admiración de los hombres; cuando soportan sobre sus almas luminosas el arañazo de las ingratitudes y abatidos y enfermos miran atrás y ven, como en atardeceres tropicales, acá la sombra, y allá, muy le-

jos, entre incendios, con los colores del iris, la huella luminosa de sus glorias.

Más grande me parece Napoleón en Santa Elena, bajo la custodia despótica de Hudson Lowe, que cuando se corona Emperador de los franceses; más grande Bolívar en Pativilca que, cuando aclamado y victorioso, entra en Bogotá y en Caracas, en Quito y en el Cuzco, y más enorme en San Pedro Alejandrino que en el Palacio de San Carlos.

Tál, pues, fué mi propósito: conocer a Bolívar en su aspecto doloroso, cuando nada esperaba y todo le era hostil, cuando en su alma de proscrito se anidaba la más profunda melancolía y a su cuerpo, carcomido por el terrible bacilo, faltaba ya la energía indómita y triunfadora de otros días.

En estos tiempos nuéstrs, en que todas las actividades son absorbidas por el desmedido amor al dólar, en que la mayoría de la juventud derrocha y se emborracha, y en que las facultades intelectuales están subordinadas a los extravíos y a los excesos; a estas horas del siglo XX, ¡dolorosa, cuán dolorosa verdad! es afirmar que hay una considerable cifra de individuos que ignora lo que las naciones americanas deben al Libertador. Verdad que su nombre llega dulcemente a los oídos desde las primeras horas de la infancia, nombre es que llega a hacerse familiar y a pronunciarse con unción y recogimiento, como el de un Sér Divinizado, pero es tristemente verdad, repito, que hay quiénes creen que la efigie de Bolívar señala, a **un héroe del billete de banco**, o a un representante de los reinados modernos,.....el petróleo, el acero, o a un airoso campeón de boxeo, de recios puños y nervios vigorosos.....!

A Bolívar no se le conoce todavía; aún, para muchos, fué el hombre de mayúsculos errores, desaforado ambicioso, de vanidad suma y corrupto guerrillero, hijo de las circunstancias, a quien nada debe el Nuevo Mundo.... y aún, osadamente, se desconocen y demeritan sus sacrificios y su obra portentosa.

¿Que fué hombre de errores? Claro que los tuvo como todo nacido de mujer, pero "si sus pecados fueron como púrpura, ahora están blancos como nieve y sus errores han sido pesados y se han hallado como polvo en la balanza". Mas, transecurridos los siglos, cuando haya pasado la época de ruindades y pequeñeces, y tras de los repliegues del Tiempo se hayan amainado las pasiones, entonces será el Héroe mitológico, el Héroe de leyenda, el Semidiós de un Mundo y la lección de las edades.

Para traspasar los umbrales de la inmortalidad, nada faltó a Bolívar: repleto de dolor su corazón sediento, ineludible patrimonio de quien dedicó una vida a la Humanidad ingrata, cayó implorante sobre las ondas salobres del Caribe.

Y había de ser así porque, como dijo un escritor, "en la vida de los Grandes, el Dolor lo es casi todo": quitáramos a María los siete puñales de su dolor y entonces careceríamos de su más preciosa advocación; quitáramos a Jesús el beso infamatorio con que fué vendido, su Pasión y su Cruz, y entonces exhausta quedaría la fuente inspiradora del Cristianismo universal; y quitáramos a Bolívar la noche de Septiembre y San Pedro Alejandrino, y habríamos perdido su mayor encanto, porque sus pesares y sus penas, aroman como rosas el dilatado campo de la historia.

En este día de la Patria, porque de la Patria es el regocijo de Antioquia y de Antioquia toda el cumpleaños de su capital hermosa, preciso y necesario es recordar al Libertador. Rindamos a la vieja villa y a la floreciente Medellín, el homenaje de nuestro cariño; finjámosle virgen pudorosa recostada en la concavidad de las montañas y ciñámosle de flores, y en cada farallón y en cada pico rocoso que al cielo mira, coloquemos un corazón antioqueño para defenderla y amarla y para expandir por los espacios ilimites y azules, ¡cuán magnífica y hermosa es la "ciudad blanca de los Andes"! "

Noviembre 24 de 1925.

Bernardo Puerta G.